

PRÓLOGO

LA CENSURA DEMOCRÁTICA

De ahora en adelante nadie podrá decir que no sabía. Este nuevo libro de Pascual Serrano establece de modo definitivo, con un catálogo abrumador de hechos, datos y ejemplos, la prueba del ADN de que los medios desinforman. Demuestra el autor que la comunicación, tal como la conciben los medios dominantes en prensa, radio, televisión e internet, tiene como función principal convencer al conjunto de las poblaciones de su adhesión a las ideas de las clases dominantes. Y de votar por aquellas o aquellos que estén dispuestos a llevarlas a la práctica.

A pesar de esta dictadura mediática, nos damos cuenta de que hay una sensibilidad ciudadana extremadamente elevada con respecto a los problemas de los medios y su relación con la sociedad. El libro de Pascual Serrano da testimonio de esta preocupación. Basta con recordar lo que sucedió en España después de los atentados del 11-M. Mediante el uso del teléfono móvil o de internet, la gente envió toda una serie de mensajes para alertarse sobre las dudas que podían existir con respecto a la «verdad oficial» que estaba difundiendo el Gobierno de Aznar. Y así terminó rechazada esa falsa verdad. Se produjo la primera insurrección mediática, la primera guerrilla mediática, en la que los nuevos instrumentos ligeros de comunicación pudieron más que los mastodontes oficiales de los medios dominantes.

Eso significa que existe una extrema sensibilidad a la manipulación mediática, la gente sabe ahora que los medios son

PR LOGO

una bomba atómica que les entra en el cerebro; por consiguiente, no quieren que se abuse de tal potencia nuclear. Esa sensibilidad se encuentra en un número cada día mayor de ciudadanos. Hoy, la gente común se interesa por el funcionamiento de este sistema mediático de fabricación de mentiras.

Y a ese interés responde este libro. Pascual Serrano nos abre los ojos sobre uno de los aspectos que menos se han estudiado hasta ahora de la manipulación mediática: la nueva forma de la censura. Por hábito o por pereza intelectual, seguimos pensando que la censura sólo la ejercen los gobiernos autoritarios, las dictaduras que la practican de forma ostensible, muy visible, amputan, prohíben, cortan, suprimen, truncan, cercenan. En suma, mutilan y dejan una obra o una información castrada y desmembrada. Nos negamos a plantearnos el problema de saber cómo funciona la censura en la democracia. Partimos del principio de que la censura es lo propio de la dictadura, y no de la democracia. Cuando en realidad hay que partir del principio de que la censura es lo propio del poder, de todo poder.

Por consiguiente, como hace Pascual Serrano aquí, hay que preguntarse cuáles son los mecanismos de la censura en democracia. Porque lo que es obvio es que la censura ya no funciona por restricción, o por amputación, o por supresión, como lo hace en los países donde se mata o se encarcela a los periodistas o se cierra un periódico, o se cortan las noticias, etc.

En las grandes democracias desarrolladas, salvo bochornosas excepciones, eso prácticamente ya no ocurre. Lo que sí ocurre es que hay mucha información que no circula, porque hay sobreinformación. Hay tanta, que la misma información nos impide como un biombo o una barrera acceder a la información que nos interesa. En las dictaduras es el poder el que nos impide acceder a la información. En la democracia es la propia información, por saturación, la que nos lo impide. Es decir que, en democracia, la censura funciona por asfixia, por

PR LOGO

atragantamiento, por atasco. Nos ofrecen tanta información y consumimos tanta información, que ya no nos damos cuenta de que alguna (precisamente la que más me haría falta) no está. La ocultación y la disimulación, en esa masa de información que se consume, son las formas de la censura de hoy. Y esa «censura invisible» es la que practican los grandes grupos mediáticos y los gobiernos. En total impunidad. Estamos pues en una situación en la que creemos que, por el hecho de tener más información, tenemos más libertad; cuando en realidad, si analizamos bien, tenemos tan escasa información como en otros momentos.

El poder de los medios y su influencia en la opinión pública están vaciando a la democracia de su sentido. Es una cuestión que hoy se plantea en muchas sociedades. Por ejemplo, cuando votamos, ¿votamos libremente?, ¿es mi libre albedrío el que me conduce a votar por Fulano o por Mengano? O bien, en realidad, ¿es porque me han metido en la cabeza una serie de ideas que hacen que yo, como una marioneta, vaya a votar por lo que me han dicho? Como bien dice Noam Chomsky: «En nuestras democracias, un presidente es un producto del sistema de construcción mediática de candidatos». La industria de las relaciones públicas, que promueve vender candidatos de la misma forma que vende mercaderías, da su premio anual, en la categoría mejor marketing, a la marca Fulano. Ese sistema es claramente no democrático; un tipo de «dictadura por elección»; una construcción política en la cual el pueblo contempla la acción y no es protagonista.

Sabemos que la invasión de Iraq se hizo bajo falsos pretextos que dieron lugar a mentiras de Estado. El propio presidente democráticamente elegido de un gobierno democrático difundió informaciones falsas, sabiendo además que eran falsas; y todos los medios dominantes repercutieron esa información falsa, engañando así a millones de ciudadanos.

Esto es algo que uno puede imaginar en dictaduras o en regímenes autoritarios pero que, desde un país democrático, con

PR LOGO

el apoyo de los medios, se haya podido hacer esa gigantesca manipulación con las consecuencias trágicas que eso ha supuesto, parecía inconcebible. Por eso hay una sensibilidad particular a este problema de la información y cada vez más exigencia para que nos dotemos de algún sistema que nos permita tener garantías sobre las noticias que consumimos.

Porque con la información está ocurriendo lo que pasó con la alimentación. En algunos países se pasó de una alimentación que era estructuralmente de penuria, a una situación de abundancia de todos los productos, en todas las estaciones del año. Pero ahora se descubre que esa alimentación está contaminada con pesticidas y fertilizantes químicos, y que ello provoca toda una serie de muertes por cáncer, por infartos o problemas de obesidad, etc. Esto creó tal desconfianza que, ahora, existen tiendas ecológicas donde sólo se venden productos orgánicos, producidos sin pesticidas y sin elementos dañinos para la salud.

Con la información está sucediendo lo mismo. Antes había poca información, ahora la información es excesiva; pero esta información está contaminada con mucha mentira, con mucha falsedad, con mucha ocultación, etc. Entonces, cada vez hay más gente que quiere una información ecológica y busca lo que podríamos llamar una «información orgánica», con un distintivo que diga «ésta es una información orgánica, verificada, sin falsedad, sin mentiras. Una información que no daña su salud mental, que no le manipula». Y el primer trámite obligatorio en esa vía de purificación mediática consiste en leer este indispensable libro de alerta de Pascual Serrano.

IGNACIO RAMONET